

He pecado

Gerrid SETZER

biblicom.org

Índice

1 - Faraón	3
2 - Balaam	4
3 - Acán	4
4 - Saúl	5
5 - David	6
6 - Judas Iscariote	8
7 - El hijo pródigo	8
8 - Confesar los pecados	9

«He pecado». Estas palabras son muy difíciles de pronunciar. Y si las decimos, la pregunta sigue siendo: ¿Hasta qué punto son sinceras? La Biblia nos habla de 7 personas que dijeron: «He pecado». Veamos de cerca sus confesiones. Son muy instructivas.

1 - Faraón

El primero en decir estas palabras fue Faraón, rey de Egipto, cuando se negó a dejar marchar al pueblo de Israel.

Ya habían caído 6 plagas sobre Egipto. La séptima fue una devastadora tormenta de granizo que incluso rompió árboles. Faraón mandó llamar a Moisés y Aarón y les dijo: «*He pecado* esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo impíos. Orad a Jehová para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y yo os dejaré ir, y no os detendréis más» (Éx. 9:27-28).

¿Qué pensar de esta confesión? Hay considerables lagunas en ella:

- Faraón admite que esta vez ha pecado. Pero le quita importancia, porque ya ha desobedecido varias veces el mandato de Dios. El verdadero juicio sobre sí mismo y su pecado se manifiesta de otra manera.
- Faraón incluye al pueblo en su confesión. Pero esto no es honesto. ¿Qué responsabilidad tiene el pueblo en este asunto?
- Faraón piensa más en las consecuencias de su obstinada desobediencia que en su desobediencia en sí. Sobre todo, quiere que cesen los truenos y el granizo.

En una confesión posterior, después de que las langostas han devastado la tierra, encontramos algo parecido: «Os ruego ahora que perdonéis *mi pecado* solamente esta vez, y que oréis a Jehová vuestro Dios que quite de mí al menos esta plaga mortal» (10:17).

El final de Faraón muestra claramente que su confesión no fue sincera y que no se arrepintió de sus pecados. Perdió la vida mientras perseguía al pueblo de Dios a través del mar Rojo (14:28).

2 - Balaam

Balac, rey de Moab, pide al profeta Balaam que maldiga al pueblo de Israel. Balaam no lo hizo, porque Dios se lo prohibió (Núm. 22: 9-13). Pero sigue practicando la adivinación y, en el fondo de su corazón, estaría dispuesto a maldecir al pueblo (comp. 24:1; Deut. 23:5). En este estado de ánimo, sale al encuentro de Balac. El ángel de Jehová se interpone en su camino, espada en mano, y le dice que va camino de la perdición (22:31-33). «Entonces Balaam dijo al ángel de Jehová: *He pecado*, porque no sabía que tú te ponías delante de mí en el camino; mas ahora, si te parece mal, yo me volveré» (22:34).

Esta confesión tampoco vale mucho:

- Balaam dice que es culpable porque no se dio cuenta de que era el ángel de Jehová el que se le oponía. Pero el problema no es su ignorancia. De hecho, no ha aceptado que Dios no quiera que maldiga al pueblo de Israel, sigue queriendo secretamente recibir dinero de Balac, y los encantamientos que practica son una abominación para Jehová.
- Aunque el ángel se lo había dicho explícitamente unos momentos antes, Balaam parece dudar de que el camino que sigue sea malo (v. 32). No está convencido de estar haciendo algo malo.

La confesión de Balaam no fue sincera. No se apartó de su mal camino. Más tarde daría a los moabitas el abominable consejo de incitar a Israel a la fornicación y a la idolatría (31:16; comp. 25:1-3). Este hombre que había deseado morir la muerte de los rectos, finalmente morirá por la espada de los hijos de Israel (23:10; 31:8; Josué 13:22).

3 - Acán

Durante la conquista de Jericó, se prohibió a los israelitas quedarse con ningún botín. Los objetos de plata, oro y bronce debían llevarse al tesoro de Jehová (Josué 6:18-19, 24). Pero Acán transgrede “el pacto de Jehová” y roba un manto, además de plata y oro (7:11, 21). A causa de ello, se impone un «anatema» a los hijos de Israel y sufren una cruel derrota contra Hai. Si no quitan el anatema de entre ellos, Jehová ya no estará entre ellos ni luchará por ellos (v. 12-13). Por tanto, hay que descubrir al culpable. Acán no tuvo el valor de revelar él mismo su pecado, así que Dios lo

eligió por sorteo. Esto revela sucesivamente de qué tribu, de qué familia y luego de qué casa procede el culpable (v. 14-18).

Acán confiesa entonces: «Verdaderamente yo *he pecado* contra Jehová el Dios de Israel, y así y así he hecho» (v. 20).

Aquí hay un error:

- Acán confiesa su culpa solo después de haber sido precisamente designado por el destino –el destino que Dios dirige. ¡Ni un momento antes! No lo admite cuando su tribu está tomada, o cuando su familia o su casa están tomadas. Y cuando la suerte cae sobre él, Josué todavía tiene que pedirle que reconozca su pecado (v. 19). Esta confesión forzada no tiene ningún valor. Al final, no es más que una confesión de lo que ya se sabe.

Por orden de Jehová, Acán muere apedreado por los hijos de Israel en el valle de Acor (v. 25). El final de este hombre muestra claramente el juicio de Dios sobre él.

4 - Saúl

El rey Saúl ya ha fracasado en muchos aspectos. Pero aún se le da la oportunidad de demostrar si está dispuesto a obedecer a Dios. Se le ordena destruir completamente a los amalecitas y destruir todo lo que posean (1 Sam. 15:1-3). Pero Saúl perdona a Agag, rey de Amalec, y lo mejor del ganado (v. 9). Llamado a explicarse ante Samuel, Saúl intenta ocultar su desobediencia con palabras piadosas, y culpa al pueblo del que es jefe (v. 21).

Samuel le dice que, a causa de su renovada desobediencia, Jehová lo ha rechazado como rey (v. 22-23). «Saúl dijo a Samuel: Yo *he pecado*; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová y tus palabras, porque temí al pueblo y consentí a la voz de ellos. Perdona, pues, ahora mi pecado... Yo *he pecado*; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios» (v. 24, 30).

Pero hay grandes lagunas en esta confesión:

- Saúl aduce el pecado del pueblo, mientras que él es, sin duda, totalmente culpable en este asunto, y el principal culpable.
- Con su confesión, Saúl quiere apaciguar a Samuel, para que este pueda honrarle

con buena conciencia ante el pueblo. Saúl no se siente realmente humillado por su desobediencia ante Dios y solo piensa en su gloria personal.

Saúl ha perdido la realeza en favor de David. Pero no puede aceptarlo. Enloquecido, persigue a David como a una perdiz por el monte. Una noche, David entró silenciosamente en el campamento de su perseguidor. Salvó al rey, que dormía indefenso, y se llevó su espada y su jarra de agua. Al día siguiente, a distancia, David presentó a Saúl este sorprendente botín. Impresionado por la bondad de David, Saúl gritó: «*He pecado; vuélvete, hijo mío David, que ningún mal te haré más, porque mi vida ha sido estimada preciosa hoy a tus ojos. He aquí yo he hecho neciamente, y he errado en gran manera*» (1 Sam. 26:21).

Esta confesión suena bien. Pero fijémonos en 2 cosas:

- Saúl no quiere hacerle más daño a David, porque le perdonó la vida aquel día. Pero David no solo actuó de manera ejemplar aquel día. Saúl debería haber tomado como ejemplo la conducta general de David, y reconocer lo mal que estaba su propio estado de ánimo y de vida.
- Y lo que es más grave, poco después Saúl vuelve a perseguir a David (27:1). Esto demuestra que su confesión no fue más que un impulso sentimental. No le salió del corazón. Sus viejos celos permanecían en lo más profundo de su ser.

En los últimos días de su vida, Saúl consultará a una mujer que conjura espíritus, porque Dios ya no le responde (1 Sam. 28). Y poco después, rodeado de sus enemigos, se quita la vida en el monte Gilboa (31:4). El final de su vida demuestra que nunca se arrepintió de sus pecados.

5 - David

David fue incomparablemente mejor que Saúl, pero su vida no estuvo exenta de pecado. La Palabra nos habla de su adulterio con Betsabé, la mujer de Urías. Y para ocultar un poco su terrible pecado, cometió un segundo: mediante una estratagema, hizo matar a Urías. Pero el profeta Natán habla a su conciencia, y David se da cuenta de lo que ha hecho. Le dice a Natán: «*Pequé contra Jehová*» (2 Sam. 12:13). El profeta le asegura entonces que Dios ha perdonado su pecado.

Por el **Salmo 51**, que escribió a raíz de estas circunstancias, sabemos que David se humilló profundamente ante Dios. Es plenamente consciente de que los sacrificios

ofrecidos según la Ley no pueden quitar el pecado (v. 16), y confía plenamente en la gracia de Dios (v. 1). Se da cuenta de que el pecado es en realidad una ofensa a Dios: «Contra ti, contra ti solo *he pecado*, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (v. 4).

En resumen:

- David no intenta mitigar su pecado. Está plenamente convencido de que ha pecado contra Dios. Confiesa su fracaso a Dios y cuenta con su misericordia. Y eso es también lo que experimenta.

La Escritura habla de «impureza de carne y de espíritu» (2 Cor. 7:1). Encontramos en las faltas de David no solo «los deseos de la carne», sino también «la vanagloria de la vida» (comp. 1 Juan 2:16). Un día, en un arrebato de orgullo, David quiso saber el tamaño de su ejército. En contra del consejo de Joab, el comandante del ejército, ordenó un censo del pueblo (2 Sam. 24:1; 1 Crón. 21:1). Unos meses más tarde, cuando terminó el censo, Dios abatió al pueblo. David sintió remordimientos. Le dijo a Jehová: «*He pecado* gravemente por haber hecho esto; mas ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque yo he hecho muy neciamente» (2 Sam. 24:10; comp. 1 Crón. 21:8).

Aquí hay un punto importante:

- David confiesa su pecado porque le atormenta la conciencia. Su confesión no procede de una presión exterior, sino de él mismo.

A pesar de esta confesión, Jehová trae una plaga sobre el pueblo: mueren 70.000 personas. Envía un ángel a Jerusalén para destruir la ciudad. Cuando David vio al ángel azotando al pueblo, se dirigió a Jehová y le dijo: «Yo pequé, yo hice la maldad; ¿qué hicieron estas ovejas? Te ruego que tu mano se vuelva contra mí, y contra la casa de mi padre» (2 Sam. 24:17).

Esta confesión es notable:

- David no culpa al pueblo, como hicieron Faraón y Saúl. Al contrario, asume toda la responsabilidad de su falta y trata de proteger a su pueblo. Es consciente de que merece un castigo y está dispuesto a recibirlo.
- David se dirige directamente a Jehová, algo que no encontramos en las confesiones anteriores.

Tras esta verdadera confesión, David ofrece un sacrificio a Dios y la plaga cesa. Fue

después de esto cuando David comenzó los preparativos para la construcción del templo. Murió de vejez, bendiciendo el nombre de Jehová (cf. [2 Samuel 23:1](#)).

6 - Judas Iscariote

Después de que Judas Iscariote traicionara a su Maestro con un beso, los acontecimientos llegaron a un punto crítico. A la mañana siguiente, en un proceso rápido e injusto, Jesús es condenado a muerte por el Sanedrín, máximo órgano jurídico judío, y entregado a Pilato. Judas no lo había previsto. Al ver que Jesús había sido declarado culpable, sintió remordimientos. Informa a los sumos sacerdotes y a los ancianos del precio de su traición, diciendo: «¿Pequé entregando sangre inocente!» ([Mat. 27:4](#)).

Judas admite su culpa y declara inocente al Señor Jesús. Eso está muy bien. Pero lo que la Escritura revela en relación con esta confesión muestra claramente que Judas no se ha arrepentido realmente:

- Tiene remordimientos por haber traicionado a Jesús. Se arrepiente de su acto. Pero no se arrepiente. El arrepentimiento va más allá del remordimiento. Arrepentirse significa condenarse ante Dios. El que se arrepiente encuentra la salvación. La «tristeza del mundo» que manifiesta Judas «produce la muerte» ([2 Cor. 7:10](#)).

Después de atestiguar la inocencia de Jesús, Judas tira las 30 monedas de plata que ha recibido y se ahorca. Este terrible final para el «hijo de perdición» ([Juan 17:12](#)) demuestra que ha entrado culpable en la eternidad.

7 - El hijo pródigo

El Señor cuenta la historia de un hombre con 2 hijos. El hijo menor pide su parte de la herencia, se marcha a un país lejano y gasta todo su dinero. Expuesto al hambre, finalmente recapacita, emprende el viaje, vuelve a su padre y le dice: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo» ([Lucas 15:21](#)).

Dos cosas nos llaman la atención en esta historia y en esta confesión:

- El hijo pródigo ha dado decididamente la espalda al país lejano y a sus costumbres

pecaminosas. Ha roto con el pecado. Esto da credibilidad a su confesión.

- No se lamenta por el dinero malgastado, no se detiene en las consecuencias de su pecado, sino que se juzga a sí mismo. Reconoce su indignidad y declara que ha perdido todo derecho a ser hijo.

Conocemos el resto de la historia. Al que había caído tan bajo se le viste con la túnica más fina, se le da un anillo para la mano y sandalias para los pies. El hijo que vivía con los cerdos y hubiera querido comer su comida está invitado a un banquete en la mesa de su padre.

8 - Confesar los pecados

Es sorprendente que, de los 7 hombres que dijeron «He pecado», solo 2 hicieron una confesión que salía del corazón y revelaba un verdadero juicio de sí mismos. Es absolutamente esencial reconocer los propios pecados abiertamente, honestamente y sin reservas. Esto vale tanto para el pecador que se acerca a Dios como para el hijo de Dios que reconoce y confiesa una falta. Y es igualmente cierto cuando tenemos que confesar algo a alguien a quien hemos ofendido.

Aprendamos por nosotros mismos de estas diversas confesiones, y en particular de las siguientes:

- Confesemos nuestros pecados tan pronto como la conciencia nos reprende, y no solo cuando ya no podemos ocultarlos.
- Confesemos nuestros pecados, no para escapar a sus desagradables consecuencias, sino porque el pecado es abominable a los ojos de Dios.
- Confesemos nuestras faltas por sentido de responsabilidad personal, sin tratar de echar la culpa a los demás.
- Juzguémonos a nosotros mismos.
- Juzguemos nuestras faltas juzgando también las malas tendencias que las produjeron.
- Juzguemos todos los pecados que recordamos, no solo algunos.
- Juzguemos nuestros pecados y abandonémoslos con la ayuda de Dios.

- Juzguemos nuestros pecados sin la esperanza de que esta marca de humildad pueda traernos alguna ventaja.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 2010, página 360